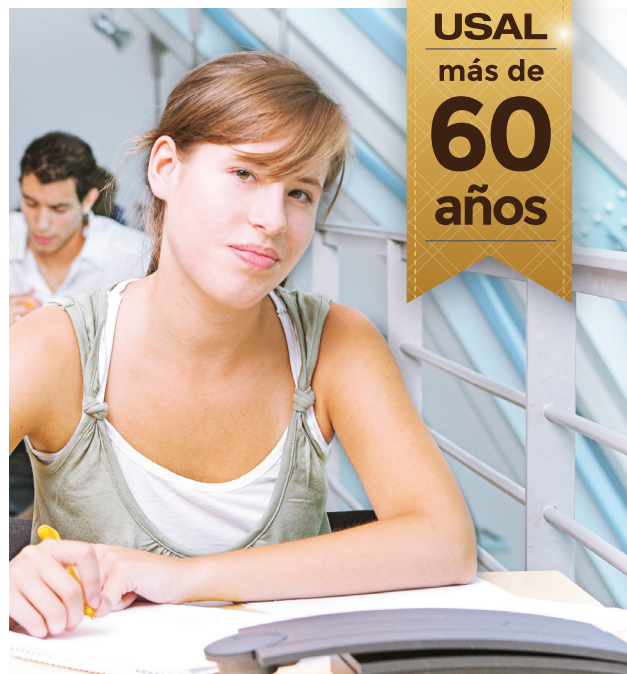




USAL
más de
60
años

Curso de Ambientación Universitaria



Vení por más.
#USALIZATE



USAL
UNIVERSIDAD
DEL SALVADOR

Ciencia a la mente y virtud al corazón

Documentos de Trabajo USAL

Prólogo:

El presente cuadernillo agrupa textos fundamentales del magisterio de quien fuera Arzobispo de Buenos Aires y Cardenal Primado de la Argentina, Jorge Mario Bergoglio SJ., y una selección de su Exhortación Evangelii Gaudium, primer escrito del Papa Francisco.

El propósito consiste en ofrecer una síntesis de su pensamiento para el conocimiento y la reflexión de aquellos que se incorporan a la vida universitaria de nuestra Casa de Estudios.

La historia de nuestra Universidad está indisolublemente unida, desde su comienzo con el Padre Jorge Bergoglio y hoy SS Francisco. Francisco es hoy reconocido como líder mundial de la paz y por ello se ofrecen entre otros documentos, capítulos más sobresalientes de Evangelii Gaudium en su presentación al mundo como el Pontífice de la paz. Este reconocimiento trasciende las fronteras de la comunidad católica, de los creyentes en general, para ser afirmado por los pueblos y los líderes del mundo entero. Sabemos que sus preocupaciones son aquellas que atentan contra la paz: la injusticia de un sistema de poder mundial que no se detiene ante lo que el propio Santo Padre denomina la cultura del descarte, ello quiere significar que se toman decisiones exclusivamente desde los disvalores del interés económico-financiero, sin importar si en el camino surgen como consecuencia más pobres.

Si en los años 70 la preocupación y la enseñanza del Padre Bergoglio fue la de luchar contra todo sistema inmanentista y materialista, porque condena a la humanidad a ser reducida al automatismo, y si en los 80 y en los 90 se preocupó por alertarnos contra los falsos dioses y divinidades, que hacen de lo humano una superficialidad, hoy SS Francisco insiste en la necesidad de retomar la senda de la *Doctrina Social de la Iglesia*, para luchar contra la injusticia social, que deja a millones de hombres y mujeres en el desamparo material y espiritual.

La lectura de la Exhortación Evangelii Gaudium es una invitación, según el propio Papa Francisco lo indica, a que la alegría del Evangelio sea recuperada hoy por todos nosotros. Una invitación firme, ya que el género exhortativo indica persuasión u obligación. Una alegría que tiene que ser compartida y comunicada, ya que “Cuando la vida interior se clausura en los propios intereses, ya no hay espacio para los demás, ya no entran los pobres, ya no se escucha la voz de Dios, ya no se goza de la dulce alegría de su amor, ya no palpita el entusiasmo por hacer el bien”. Con estas palabras, sencillas y contundentes Francisco abre ya en la pág. 2 lo que será el hilo conductor de Evangelii Gaudium: “o nos ensimismamos en nuestro individualismo o nos abrimos al otro”.

La alegría de Dios que baila, profetizada por Sofonías, nos recuerda que es bueno que nos tratemos bien, que no nos privemos de pasar un buen día. Sin embargo, en una de sus habituales metáforas, SS Francisco piensa que hay cristianos cuya opción parece ser la Cuaresma sin Pascua.

La alegría diversa del placer es la de ser amado y la de poder amar, saliendo de nuestra autorreferencialidad para cultivar la amistad social y de la comunidad.

Sabe SS Francisco que en este presente, que se apresura a señalar no más difícil que otros tiempos, hay dificultades y

dolores que, siendo verdaderos pueden actuar como excusas para no abrirnos al amor por los otros. Por eso propone algunas cuestiones para reflexionar.

Desde este lugar de la reflexión es interesante detenerse en el punto 17; apartados e y f: la inclusión social de los pobres y la paz y el diálogo social, que tratará en profundidad en el capítulo 4, aunque en el cap. 2 ya señala los desafíos del mundo actual: una economía de la exclusión que produce una cultura del descarte.

SS Francisco pone en primer plano el Mandamiento *No matarás* porque supone no discriminar, no explotar, no maltratar, no torturar, no hambrear, no excluir al otro -física o culturalmente- y supone que no nos podemos quedar tranquilos por el solo hecho de no haber empuñado un arma. Las formas del matar son muchas, todas violentas. La inequidad social produce violencia.

Si bien es cierto que la palabra revelada es la que produce alegría al creyente, Francisco apela también a la ética: No matarás se convierte así en imperativo de la voluntad. Y el Papa nos recuerda de qué modo las corrientes filosóficas, económicas y sociales, que son el sustento del individualismo y del egoísmo, producen muerte. Nos recuerda la famosa postura del “fin de la historia”, un relato ideologizado de Fukuyama que creyó -o deseó- que la caída del Muro de Berlín fuera identificada con el triunfo del capitalismo a nivel mundial. Otra de las teorías que nos acercan al relativismo moral, es la de la posmodernidad, el desencanto, el fin de las ideologías: es decir, la apuesta por “hacer sinónimos” de hombre e individuo. Estas formas contemporáneas de un individualismo exclusivista, que siguen siendo deudas del iluminismo europeo, no dejan permear la esperanza de un mundo bueno. El individualismo, forjado en el concepto de propiedad privada a la que supedita a la vida misma, desprecia cualquier ética de la solidaridad y de la inclusión. No admite que la persona humana es más allá del tener, y que ya desde la antigüedad se planteaba que no todo lo que soy ni todo lo que tengo me es disponible, sino que hay una indisponibilidad de cada uno de nosotros, una inalienabilidad de la vida superior a nuestro deseo y que nos habilita a vivir en comunidad.

Detengámonos en esta palabra “comunidad”: la comunidad lleva en su nombre el prefijo *cum* y el sustantivo *munus*. Fácil nos resulta traducir el “cum”; detengámonos por un momento en el significado de “munus” que quiere decir a la vez don y obligación. Lo común del vivir juntos entonces no se puede reducir, como bien explica Francisco, a un contrato. Lo común de la comunidad no se entiende como contrato de propiedad o como contrato social: la comunidad implica un don, el de la vida humana, y conlleva una obligación para con el otro, única manera de constituirnos como nosotros y salir del individualismo capitalista y posmoderno. El otro más vulnerable nos interpela a quienes aparentemente no lo somos tanto, a movilizarnos hacia él solidariamente.

En el capítulo cuarto Francisco afirma que “el kerygma, el anuncio, tiene un contenido social ineludible”. Entre el Anuncio Salvador y el amor fraterno hay una continuidad que no podemos desoir: Somos hijos de un padre (y esto vale para todas las culturas) por lo tanto, los seres humanos somos hermanos, vínculo que muchas veces se debilita aún entre los más cercanos. Volviendo a la fraternidad, en las ciudades, en los grandes espacios urbanos, ella se puede visibilizar como justicia: no sólo la justicia de los derechos civiles, sino la justicia social que, y en esto el

liderazgo político y el religioso, el liderazgo social como el cultural pueden hacer la diferencia, nos llama a obrar con amor y para solidarizarnos con los más pobres, de manera continuada. Promover una cultura de la solidaridad y recordar lo que enseña SS Francisco: *el tiempo es superior al espacio*, por lo cual la solidaridad no debe ser esporádica, sino permanente.

Del mismo modo, como *el todo es superior a las partes*, es importante, estar persuadidos de que no hay parte alguna del nosotros que sea descartable o miserable; mirar al otro, pobre, vulnerable como hermano, y respetarlo en el trabajo de ayuda solidaria para que la dignidad de la vida sea acompañada también por los bienes de los que todos tenemos derecho a disponer: trabajo, salud, techo, educación. La comunidad es el todo, siempre en movimiento y abierto a la diferencia y a las nuevas generaciones, sin fundamentalismos ni exclusiones que la conviertan en totalitaria, sin razas superiores, sin colores de piel mejores, sin la vanidad de creernos más por haber estudiado una carrera o estar en un lugar gerencial o ejecutivo. Allí es donde probamos la coherencia entre los principios y la acción.

Francisco nos exhorta a releer el Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia Ningún político o intelectual que haya realizado la opción por los pobres lo desconoce, pero volvamos a hacer letra viva de su enseñanza.

Si queremos la paz, debemos incluir a todos los hermanos en un diálogo fructífero en el que las diferencias no se borren ni se alisen, sino que puedan convivir sin violencia. La avaricia y este modelo de capitalismo financiero se apoya en ella, es sorda a las demandas de los más humildes, a sus necesidades, a sus derechos. La injusticia debe irse del corazón de los hombres, pero es una obligación para los creyentes que así sea.

El diálogo es el mejor antídoto contra el egoísmo individual o grupal. No hay excusas para alejar el corazón de la solidaridad. Porque, aún visto desde quienes no son creyentes, la ética de la solidaridad y del diálogo posibilita la comunidad del bien.

La propuesta de Francisco es renunciar a la fuerza ciega del mercado, a su absoluta autonomía y a la mano invisible, de cuya experiencia nuestro pueblo tiene todavía hoy cicatrices y heridas. El diálogo entre las religiones es un ejemplo que lo ha tenido a Él siempre desde su vocación sacerdotal como impulsor y líder, porque fomenta la paz. Así, también Francisco recupera a la política como voluntad de caridad porque busca el bien común. Quiere que “dejando a salvo la soberanía de las naciones, (se) asegure el bienestar económico de todos los países y no de unos pocos”.

Las nuevas formas de la pobreza, sus más horribles caras son repasadas en esta Exhortación, y el Papa nos pide que no nos hagamos los distraídos. La distracción era para Kierkegaard un pecado: nos distraemos si somos adictos al trabajo, a la competencia en todas sus formas agresivas, a la ley del más fuerte... pero también si nos recluimos solamente en nuestros deberes individuales. Si somos buenos docentes, buenos políticos, buenos trabajadores, la

comunidad nos convoca a dar más de nosotros a nuestros prójimos vulnerables y vulnerados: dar tiempo, dar escucha, dar la mano, dar alimento, dar cobijo sin la pretensión de reciprocidad, porque la comunidad es dar lo que no se espera que se pague, dar para que la vida y nuestro mundo se aleje del mal de las guerras, las intolerancias, los fondos buitres.

Dar con alegría para que los conflictos puedan tramitarse en paz. Y para quienes trabajamos con las ideas, no alejarnos de la realidad es una exhortación explícita de Su Santidad. Para finalizar, Francisco nos invita a recordar que el diálogo es *conditio sine qua non* para la paz, y plantea tres campos de diálogo: con los estados, con las diversas culturas, que incluye a las ciencias y a las religiones; y el diálogo entre las diversas formas de creencias y de credos.

El ecumenismo es una forma del diálogo que día a día recupera el ejercicio de la escucha para la paz. Francisco apela a dejar de lado los fundamentalismos y las persecuciones religiosas para hacer comunidad de creencias, en la atenta escucha del otro, en sus dolores, en sus angustias, en sus dificultades. El fundamentalismo es otra forma de la violencia, así como el economicismo.

Todo diálogo dice SS Francisco es una conversación: ida y vuelta de planteos, de escuchas, de aperturas. La paz social, desvelo de este Papa y de quienes trabajan por ella, necesita de la justicia social y de la responsabilidad respetuosa de las diferencias.

La dignidad humana está por encima de cualquier valor. Tanto el diálogo interreligioso como todas las formas de dialogar atenúan la violencia y facilitan que avance en la ciudad el amor por sobre el temor al otro, que muchas veces nos inculcan injustamente.

CARTA DE PRINCIPIOS

HISTORIA Y CAMBIO

“Sé muy bien que más de una vez os atormento cuando parece que impongo nuevo peso a hombros ya en demasía sobrecargados; tomad... las obras ya comenzadas, no como si tuviésemos la obligación de seguir conservándolas todas; antes bien, analizad con otros ojos, como si ahora por primera vez se tratase de establecer la provincia desde sus cimientos, lo que todavía no tenéis. Abandonad con fortaleza lo que es de menos importancia, emprended lo que de veras la tiene mayor...”

Padre Janssens

Vieja y Nueva Universidad del Salvador
Su continuidad en el espíritu Jesuita
Tres rasgos salientes

a. Lucha contra el ateísmo

El ateísmo moderno es un tema cargado de significaciones; una de ellas tiene especial interés para la construcción de una Universidad distinta: se trata de las consecuencias que acarrea la ausencia de un sentido trascendente (religioso) de la vida, en la comprensión de los fenómenos históricos y sociales.

El mundo moderno es una suerte de despliegue triunfante de las más diversas experiencias históricas. Tanto el capitalismo como el marxismo, han realizado plenamente su sentido en grande estados y colosales imperios.

La realización práctica de la ideología básica de la época, torna necesaria, como contrapartida, la determinación de sus límites, como paso previo a su superación.

Mientras las grandes ideologías eran sólo propuestas más o menos abstractas y no realizadas, se creyó ingenuamente que sería su propia dinámica inmanente la que fijaría sus límites. Transformadas en realidad, convertidas en camino recorrido durante décadas, la situación es otra. Lo inmanente no ha cumplido con sus promesas. Se necesita ahora una visión distinta, aunque no siempre opuesta, que las trascienda. En breve: es preciso un criterio trascendente, una actitud religiosa para juzgar eficazmente a la historia.

Sólo lo trascendente permite recuperar la noción del salto definitivo hacia la liberación, y a través de esta noción profundamente religiosa, volver a lo cualitativo y a lo distinto. Sin lo trascendente, no es el hombre el que empuja la historia, sino las fuerzas inertes del progreso técnico. Si se ausenta, es imposible comprender el fin de una época y la posibilidad de una civilización distinta se esfuma en una infinitud “progresista” de signo tecnocrático.

La crisis del ateísmo moderno reside en su incapacidad para juzgar globalmente las grandes aventuras del hombre contemporáneo. Su inmanentismo le impide totalizarlas e ir más allá de lo meramente cuantitativo. No supera los límites del mundo moderno porque no los encuentra, limitándose a colocar el futuro en la extensión indefinida de experiencias históricas que considera esencialmente inmodificables.

Ante el encierro ateo, resurge con toda su fuerza la necesidad de un sentido trascendente de la vida, aproximándose el más grande renacimiento religioso que ha conocido el hombre.

No existe en nuestros días un pensamiento verdaderamente crítico que no cuente con una dimensión trascendente; es el único capaz de innovar críticamente experiencias históricas que llevadas por su inmanencia han terminado en lo puramente cuantitativo.

La lucha contra el ateísmo, en síntesis, no se diferencia de la crítica trascendente al mundo contemporáneo.

En esa tarea, el mayor aporte obtenido por el pensamiento trascendente proviene de su antagonista ateo.

Así como el futuro se elabora a partir de lo actual, también la actitud trascendente que guía su construcción incorpora, mediante el discernimiento, los elementos del ateísmo que comportan una crítica válida a las manifestaciones enajenantes y a las civilizaciones tramposas de lo religioso.

El renacimiento religioso que aguarda el mundo volverá a lo esencial de sí mismo, atravesando el ineludible tamiz crítico del ateísmo moderno; así alcanzará su mayor triunfo ante el más temible de sus adversarios, al incorporar a su seno lo mejor y lo más válido que éste posee.

En esta perspectiva actuará la Nueva Universidad del Salvador: será una Universidad fundada en la Fe es decir, crítica e innovadora.

El nuestro es un pueblo fiel; un pueblo creyente. Esa es su fuerza.

Esa Fe popular ha sido -y es- despreciada por la soberbia ilustrada que, en su ceguera, la ha calificado sucesivamente de credulidad y alienación.

Pero la Fe de nuestro pueblo es más profunda que sus críticos. Y así muestra que su cristianismo no es un formalismo teórico, superficial y feble, sino una práctica concreta y cotidiana, de amor y solidaridad. Para él, Jesucristo no es sólo un Dios, sino Aquél que dejó el amor entre los hombres.

Y éste, como lo saben en el fondo de su alma los más fríos escépticos, es la única fuente de los cambios profundos, el único sustento de una revolución por la justicia y la paz.

b. Avance mediante el retorno a las fuentes.

El futuro se alcanza profundizando el camino recorrido. Es un proceso de vuelta a los orígenes, o mejor dicho, de afirmación de las diferencias.

No es un intento de crítica externa de la experiencia realizada, sino la asunción como propia de una travesía de la que se es parte.

En cambio, por eso, no consiste en la imitación servil de modelos ajenos, o en el abandono de lo propio, sino en la continuidad crítica de los movimientos populares de signo nacional, protagonistas esenciales de la Argentina moderna,

Mas aún, el resurgimiento cultural de la América Latina exige tornar a las líneas maestras de su tradición hispánico-indígena, como fundamento del cambio revolucionario hacia un futuro en el que se reconozca.

Exactamente el mismo criterio debe aplicarse a la construcción de la Nueva Universidad del Salvador. Por eso, el espíritu que debe presidirla es el mismo con que la Compañía de Jesús ha reconsiderado su misión apostólica global.

c. Universalismo a través de las diferencias

Desde los comienzos de su historia, la Compañía de Jesús comprende y respeta las diferencias históricas y humanas. Sólo en el juego diverso de lo creado se muestra la verdad encarnada.

No es extraño que la Compañía enfrente a la entonces naciente pretensión liberal-burguesa de homogeneizar la realidad histórica y humana del mundo, mediante la acción conjunta del centralismo estatal y el racionalismo iluminista, en detrimento de la riqueza multifacética de lo creado.

Entre las experiencias misioneras más importantes de la Iglesia, se encuentran las que han sido obra de la Compañía de Jesús. En China como en el Río de la Plata, la Compañía se niega a ser la justificación religiosa de la expansión europea, al brindar a los pueblos misionados los elementos organizativos y sociales que les permitieron el libre desarrollo de su individualidad cultural, integrándolos en lo universal a través de una Fe sentida como propia.

La Compañía es fundacionalmente universalista; y por ello contraria a los internacionalismos homogeneizantes que, por “la razón” o por la fuerza, niegan a los pueblos el derecho a ser ellos mismos.

Cuando en este momento de su trayectoria varias veces centenaria, enfatiza el apostolado social, dirigiéndose al encuentro con los agentes de cambio -los pueblos- no hace más que retornar a su sentido originario, criticando con inusitada valentía sus desviaciones históricas.

Superado el largo repliegue histórico iniciado a mediados del S. XVIII, durante el cual debió aceptar, por lo menos tácita y parcialmente, las reglas del juego de su adversaria, la sociedad de lucro y el individualismo, la Compañía vuelve a desplegar a pleno sus banderas iniciales de comunidad, fe y disciplina, al servicio de los pueblos.

Concibiendo el apostolado social como la inmersión religiosa en la vida de los pueblos, la Compañía afirma prácticamente, que sólo a partir de esa concreción es factible la construcción de una sociedad más humana, es posible “hacer la Justicia”.

Y es allí, en los pueblos -personas estructuradas por antonomasia- que la Iglesia reconoce y reafirma -y dentro de la Compañía- su sentido de disciplina y su concepto de organización.

Coherentemente, la Congregación General XXXI, orienta el apostolado de la Educación hacia las “...soluciones de tipo regional dada la gran variedad de circunstancias de unos países con respecto a otros y por el hecho de que nuestra enseñanza constituye sólo una parte muy pequeña del conjunto educacional de cada Nación”.

Jorge Mario Bergoglio S.J.
Provincial

Buenos Aires, 27 de agosto de 1974

PALABRAS PRONUNCIADAS A LA COMISIÓN DIRECTIVA DE LA ASOCIACIÓN CIVIL UNIVERSIDAD DEL SALVADOR, POR EL R.P. JORGE M. BERGOGLIO S.J., EN LA REUNIÓN DEL 19-XII-1984

1- La Universidad del Salvador -desde su nacimiento- tuvo una característica sobresaliente: no cayó en la tentación de “copiar” estructuras y organizaciones universitarias ajenas a nuestro sentir religioso y nacional, sin que por ello llegara a configurar una Institución clausurada en el nacionalismo retórico o narcicista. Esto ha salvado a la Universidad del triste híbrido resultado intelectual en el que se entremezclan los problemas nuestros con las soluciones ajenas, “internacionales, objetivas, asépticas”, lo cual no quita que -en situaciones parciales- se haya caído en problemáticas de este tipo. Pero su origen fue otro. En su concepción misma tiene la capacidad de superar el mero convertirse en “civilizadora”, en el sentido de realizar una sustitución cultural que no se nutra de la Nación a la cual debe servir.

2- En la Carta Magna de la Universidad se habla de tres lineamientos: lucha contra el ateísmo, retorno a las fuentes, universalismo a través de las diferencias. Más que objetivos a lograr son principios rectores de la formulación y planificación académicas. Tales principios están encadenados, puesto que no se puede concebir el logro de alguno de ellos sin que lo propio se dé simultáneamente en los otros. Desde nuestra perspectiva argentina, la lucha contra el materialismo ateo se sustenta en la profunda fe de nuestro pueblo fiel, piedad popular arraigada por la humildad y esperanza del hombre que no se halla sometido a las terribles fuerzas de la enajenante sociedad consumista o a la razón físico-matemática de la intelectualidad cientificista; piedad que es parte de su ser ya que proviene de la fundación cultural hispano-indígena. De ahí que la verdadera liberación, para nuestro modo de sentir, es la del materialismo ateo (forma supina del pecado) y esta liberación se hace en parte afirmando -como base- justamente nuestro modo de ser como pueblo. Y la profundización del camino recorrido y el retorno a las fuentes no son otra cosa que la afirmación de nuestra propia naturaleza, es “ser” frente a la agresión de las ideologías. El universalismo nace de esa misma percepción natural, como universal concreto (al decir de Santo Tomás) y se contrapone a todo tipo de pseudouniversalismo que tenga su origen no en la concepción de la naturaleza misma de la persona o de un pueblo; se contrapone -por tanto- al internacionalismo, al cosmopolitismo, al desarraigo cultural.

3- Teniendo en cuenta estos principios rectores comprendemos mejor nuestra misión, la que hemos recibido de la Iglesia y que ahora nos desafía a transformar -día a día- la Universidad en uno de los artífices de la identidad y proyección cultural argentinas; en un eficiente instrumento de formación y renovación de cuadros dirigenciales argentinos; en un centro de investigación y análisis consecuente con los principios enunciados; en un modelo de extensión a la región latinoamericana, hoy día tan conmovida por la violencia extremista de la izquierda, de la derecha... y del centro. Progresando en esta transformación debemos explicitar más y más la misión apostólica de la universidad, porque el anuncio de Jesucristo solamente puede darse en plenitud si está liberado de la trama engañosa de las ideologías; y -en el plano cultural, como es el de una Universidad- si logra hacerse presente en la evangelización de las culturas y en la inculturación del Evangelio.

4- La Universidad del Salvador tiene la oportunidad no común de realizar esta misión. Desde hace diez años carga con la responsabilidad -en manos de laicos- de llevar a la práctica la Carta de Principios “Historia y Cambio” (que no es otra cosa que la explicitación de lo que estaba ya en su misma misión fundacional). Estos principios rectores, que han de concentrarse en objetivos, no son ya antojo intelectual o veleidad de moda, sino una expresión de la Misión encomendada, en su momento, por la Compañía de Jesús a la Universidad, que implica el deber fundamental de anunciar, en medio del avance técnico y del movimiento social, la debida perspectiva del Hombre frente a Dios, a sus hermanos y frente a las cosas, lo cual sólo es posible si se anuncia a Jesucristo como clave de tal perspectiva.

5- Estos diez años transcurridos son historia de la Universidad y, como tal, han contribuido a su crecimiento. En ellos se han observado diversas circunstancias, mejores o peores, pero todas ellas integran ya la historia, constituyen algo que ya es nuestro y que no podemos negarlo si queremos seguir adelante. Todo crecimiento, todo camino hacia la madurez tiene algo de traumático, porque implica dar un paso que, como somos católicos, reconocemos ha de estar signado por el aura de la cruz. Y la cruz, único parámetro de nuestro recto crecimiento siempre conlleva un trauma. Por ello el seguir creciendo requiere, como contrapartida, una progresiva unificación de los hombres en torno a la misión y principios rectores que los convocan y a los objetivos que comparten. Una institución sin una doctrina que la informe es como un cuerpo sin alma, se transforma en un fin en sí misma y ahoga a los hombres en ambiciones subalternas e intereses de círculo. Nosotros tenemos doctrina, y no queremos negociar. De ahí el renovado recurso a la Carta Magna “Historia y Cambio” que se nos pide hoy.

6- Si quisiera explicitar algunos corolarios actuales de esta doctrina nuestra, corolarios que ayudarán en nuestro progreso como Institución, señalaría los siguientes: la reafirmación de la persona, la reconciliación generacional, la corrección del egoísmo para lograr un mayor sentido de comunión y participación, el sentido social y nacional.

7- La reafirmación de la persona

En la sociedad moderna se busca cada vez más la condicionalidad ilimitada del hombre; el proceso necesario de la socialización (en la educación, salud, bienestar, participación, etc.) ha conducido en gran medida a la manipulación o insectificación del hombre. Se ha olvidado -o querido olvidarlo específicamente humano, y esto en favor de los grandes números. Considero necesario, en la hora actual, que enseñemos a comprender a cada hombre como un acto particular, único e irremplazable, amado particularmente por Dios Nuestro Señor. En otras palabras: considerar al hombre como persona. Y los esfuerzos que -como directivos, docentes y no docentes- hagamos en favor de nuestros alumnos no es sano que estén orientados a “todos”, así en general, sino a cada uno, en cuanto persona y por tanto formando parte de una comunidad de personas. Este “cada uno” conlleva en sí el “universal concreto” que nos abre a todos los hombres.

8- La reconciliación generacional.

En la sociedad moderna la tecnología ha impuesto un ritmo de desarrollo sorprendente. Esto es positivo. Ha posibilitado el acceso a mejores condiciones de vida a un número cada vez mayor de personas. Con todo, no están ausentes ciertas condiciones negativas dentro de ese desarrollo. Y como ningún cambio es puramente técnico, y como las ciencias positivas carecen de hermenéutica propia sino que la toman de las cosmovisiones humanísticas o ideológicas, todo esto ha traído aparejado cambios de valores, costumbres y creencias. La celeridad del cambio (sociológicamente denominada “la rapidación”) y la convicción errónea de que el hombre puede crear una nueva cultura por su propia decisión y racionalidad prescindiendo de la referencia a otros valores, ha conducido o puede conducir a la fractura generacional. Muchos padres se sienten incapaces de enseñarles algo de sus hijos. Y, en consecuencia, también la tarea educacional entra en crisis toda vez que se ha fracturado el vínculo de transmisión de valores, el diálogo generacional.

Muchos educadores sucumben a la fascinación de la creencia de que los valores son tan distintos que nada hay que transmitir. Por otra parte se destruye también la estructura jerárquica de la familia transformándola o en un simple contrato social o -peor aún- en una comunidad de “amigos”. Y al no asumir el rol de padres se desdibuja el de hijos; y éstos -a su vez- no sabrán, el día de mañana, ser padres con sus respectivos hijos.

El así llamado enfrentamiento generacional tiene también otra raíz, además de la recientemente mencionada inherente al ritmo de cambio: es la debida al egoísmo social o institucional. La cristalización de las estructuras, el rechazo a todo crecimiento, el aferrarse estéril a todo lo obtenido, cierran el camino a la integración de los jóvenes. Ese deseo de mantenerlos siempre jóvenes para que no compitan lleva a la fractura generacional, a la rebelión (con la subsiguiente fractura social) o a la sumisión (con la consiguiente secuela de falta de adultez).

En la base de ambas formas de distanciamiento generacional subyace una profunda agresión a los jóvenes: o se los agrede tratándolos como adultos, como si los mayores tuvieran que aprender todo de ellos; o bien tratándolos siempre como niños sin abrirles los cauces del crecimiento maduro. Esta agresión básica se origina por considerar a la juventud no como una fuerza social (encuadrada en instituciones que son un marco de seguridad de su crecimiento y su vida: familia, escuela, universidad, etc.), sino como una fuerza política, aislada y -por ende- manipulable. Todo esto supone egoísmo.

9- La corrección del egoísmo

Pero, ¿cómo se destierra el egoísmo? Un camino podríamos encontrarlo en la reflexión sobre sí mismo, sobre la propia naturaleza, sobre la vocación cristiana, sobre el camino recorrido. Es una pena que la exaltación del individuo que produjo el liberalismo no haya dejado históricamente una mayor tendencia del hombre hacia esa introspección. Dejó, en cambio, y como una de sus secuelas más perniciosas, la incapacidad del hombre moderno de estar a solas consigo mismo. Se llegó incluso, a través del psicologismo, a fabricar una pintura dogmática de su interioridad, de manera que se tornaría innecesario -e incluso imposible según ese “dogma”- conocerse a sí mismo. Se quiso quitar todo juicio de valor sobre la conducta, pues se la concebía siempre explicable y justificable por relación causal (mecanicista) con experiencias pasadas, no existiendo en la práctica ni responsabilidad ni libertad, ni bien ni mal. Se pretendió suplir la responsabilidad inherente a los propios actos libres por una teoría de conducta (el behaviorismo

en sus múltiples versiones) cuyo irónico resultado no es otro que plasmar hombres de buenos modales... y malas costumbres.

El lento camino para desterrar el egoísmo lleva toda la vida, pero hay que proclamarlo como un camino viable, el único viable, a través del continuo crecer de la conciencia moral, radicada fundamentalmente en el conocimiento de sí mismo, de la propia interioridad, “Insistiendo” sobre ella y descubriendo en ella la ley natural sellada por Dios.

Para un educador, la lucha contra el egoísmo cristaliza necesariamente en una realidad: el ejemplo de la vida. No es válido, según nuestras concepción, el alto nivel profesional si éste no resulta una expresión más de la coherencia de vida. Pienso que, en este aspecto, debemos crecer en conciencia. A modo de ejemplo concreto: me preocupa la situación de irregularidad familiar de algunos, y pienso que -sin quererlo- caemos en un juego liberal de distinguir entre la “vida privada” y la “vida profesional”; y esto no es formativo, sino más bien deformante para la conciencia juvenil.

10-El sentido social y nacional

El bien supremo se realiza en lo social; la reflexión ética del individuo culmina en la vocación política que busca el bien común, el del entorno concreto (el nacional) y -por él- el universal. No podemos, si queremos desterrar el egoísmo, prescindir de esta ulterior proyección del compromiso ético. En nuestra formación universitaria no podemos hacerle el juego a los diversos eticismos de moda, algunos de ellos fascinantes con la asepsia propia de quien confunde universal con abstracto o internacional. A un conocimiento y a una capacidad que se base en una ética y una moral, que se desarrolle por la reflexión frente a la asimilación dogmática de arquitecturas formales y aparentes, y que tenga una finalidad que se realiza en lo social y lo nacional, a esto que no podemos renunciar. Este es el sentido que hay que darle a esa pauta tradicional en el apostolado de la Compañía de Jesús: la formación de dirigentes (en este caso nacionales, latinoamericanos, universales).

Creemos un deber despertar vocaciones que surjan de opciones éticas en este sentido.

11-Todas estas reflexiones, tendientes a enmarcar nuestra concepción que inspira el apostolado universitario, afectan también a nuestro modo de proceder (no sólo en los contenidos), modo de proceder en la administración y conducción central, en la de las unidades, en la docencia, en la formación toda.

Y, en primer lugar, señalaría que se impone una franca renovación del sentido de trabajo, que configura esa laboriosidad que confiere dignidad. Un hombre o una mujer que carezca de tal laboriosidad o la haya suplido por las varias coartadas del así llamado jet-set, no es una persona digna. Nuestro trabajo es misión de Iglesia. Recuperar, pues, la dignidad a través del medio que Dios quiso dar a los hombres para ello: el trabajo de las manos y el sudor de la frente.

Sentido del trabajo que nos libere de cualquier otra fantasía tendiente a presentarnos la actividad en la Universidad como promoción de nuestra persona o nuestra profesión.

Sentido del trabajo que conlleva austeridad, dedicación, sacrificio, ese cotidiano -y a veces tedioso- estar en la institución.

Sentido del trabajo que nos lleva a ser artesanos en su sentido más noble, el mismo sentido en el que Dios es artesano: alfarero de almas.

Por otra parte, este sentido de laboriosidad nos ayudará a corregir aspectos todavía endebles en la Universidad, aspectos que nosotros mismos iremos viendo sobre la marcha y que no es el caso señalar aquí.

El sentido del trabajo hará que nuestra actividad esté signada por la humildad y la modestia contra toda pretensión de egoísmo que procura encarnarse en lo espectacular y en las apariencias. San Ignacio gusta describir a Jesús trabajando y predicando “por las sinagogas, villas y castillos” (EE 91) sin ninguna artificialidad, sino más bien en suma humildad: “en lugar humilde, hermoso y gracioso” (EE 144). Es propio del mal espíritu procurar la espectacularidad. Como no tiene luz ni la puede dar, lo único que le queda es “fascinar” (cfr. EE 140). El Señor, en cambio, porque es la Luz, ilumina mansamente y siempre.

12-Muchas veces consideré el rico caudal de vida que tiene esta Universidad. Esta pujanza de vida le permitió surgir sin medios casi y superar situaciones que, en otras circunstancias hubieran terminado con ella. Universidad que fue pergeñada por hombre lanzados y laboriosos, por hombres que creían en la misión recibida. Vida que hay que cuidar en todos los estratos: directivos, docentes, no docentes, egresados... Esta vida tan rica se percibe también en los alumnos. Ellos son, como lo indicara una vez la Ilma. Srta. Rectora, lo menos permanente y -a la vez- lo más importante de la Institución.

Y donde hay vida hay problemas, pero problemas de los buenos, de los que surgen del crecimiento, de esos que piden a gritos ser atendidos porque -en ese reclamo- subyace el deseo de ser conducidos, de ser ayudados en el crecimiento.

No se trata de los problemas de laboratorio, inventados por los maestros de las ideologías, cuyo resultado final es la dispersión, la falta de pertenencia. Por supuesto que -de cuando en vez- estos surgen también. Pero no hemos de tenerles miedo si sabemos atender a los otros problemas, los de la vida, generadores de cosechas generosas.

13-Los alumnos: lo más importante y lo más pasajero... Esto nos refiere al tiempo. Por cada alumno contamos con un tiempo muy limitado. Realidad ésta que nos invita al sabio aprovechamiento. Pero -y hablé de cosecha- el resultado de nuestra formación trasciende el tiempo limitado para cada alumno. El grano queda, bueno o malo, pero queda. Una vez terminado el trabajo, una vez hecha la cosecha, ese tiempo vuelve a nosotros, a nuestras manos, y quedará allí hecho cosecha abundante, mediocre o magra, hasta que termine el tiempo de la libertad y debamos presentarlo en ese ofertorio definitivo, al final de nuestra vida, en el juicio de Dios. Que ese día no escuchemos el iracundo “siervo malo y perezoso”, o “porque escandalizaste a uno de estos pequeños más te hubiera valido atarte una piedra de molino al cuello y arrojarte al mar”...sino más bien el otro decir divino, manso y feliz: “siervo bueno y fiel”.

Palabras Pronunciadas por S.E.R. Monseñor Jorge M. Bergoglio con motivo de los 20 años del Documento “Historia y Cambio”.

Introducción

1- En aquellos días de marzo de 1975 se plasmaba lo que el 12 de julio de 1973 el P. Arrupe había encomendado a la Provincia Argentina de la Compañía de Jesús: refundar la Universidad del Salvador. “Refundar” en su sentido etimológico: volver a aquello que le dio fundamento, volver a la fuerza inspiradora y constructora de los pioneros de este proyecto. En aquellos días se volvió a vivir la “mística fundacional”. ¡Cuántos recuerdos! Pasaron 20 años... Muchos se han esforzado por mantener esta mística buscando, en los momentos de decisión y conflicto, la inspiración de aquellos días. Y, como en toda historia, también existieron los que dejaron debilitar la mística, la dejaron “cansarse” en el quehacer cotidiano... y -cuando no se apagó- quedó reducida a brumosos recuerdos más acordes quizá con la palidez de un cuadro de Millet. La vigencia de una mística se va perdiendo de a poco, sin darse cuenta casi, en las sucesivas circunstancias con que la vida la maltrata: el funcionalismo, las diversas formas de corrupción, la lucha de “internas”, la tristeza del corazón, etc.. Por otra parte, toda verdadera mística es fundamentalmente agresiva: se impone hacia afuera de la Institución pero no con violencia tiránica sino más bien con esa mansedumbre que nace de la sabiduría. También hay otra realidad a tener en cuenta: desde 1975 hasta ahora, nuestro medio externo universitario ha cambiado. Se han multiplicado los Institutos educativos universitarios y -con dolor- notamos que algunos de ellos parten de “aprioris” no condicentes con la “universitas” ni con la dignidad de las personas: p. ej. se habla de la rentabilidad per capita de una Universidad privada, al alumno se lo llama “cliente” y todo parece reducirse a una transacción mercantil, cuando no a una expresión más de la seductora hambre de consumo de nuestra cultura actual.

2- En situaciones así sólo cabe una solución: mirar atrás y “recuperar la memoria” del camino andado. Se trata de esa dimensión deuteronómica de la existencia cristiana que se abreva no precisamente en mesiánicas promesas economicistas o funcionalistas sino en la limpidez y frescura de las aguas de aquel primer manantial que le dio fundamento. Tanto frente a la pérdida de la mística interior de esta Institución como frente al medio ambiente mercantilista circundante, me parece nos hará bien hoy, al cumplirse 20 años del Documento “Historia y Cambio”, de sus tres principios rectores: lucha contra el ateísmo; avance mediante el retorno a las fuentes; universalismo a través de las diferencias.

3- Cuando hace 20 años escribí la Carta de Principios no imaginábamos el curso que tomaría la historia. Estábamos situados frente a un espíritu cientificista o utilitario; frente a sistemas e ideologías claros y sistemáticos. Hoy, en cambio, las poderosas estructuras de la Modernidad se desgranán irremediablemente y, a ese resto de su naufragio (que compartimos) lo llamamos con cierto pudor intelectual: “la post-modernidad”. El desafío histórico contiene toda la ambigüedad de una crisis y el hombre de hoy tiende -por inercia- a reconstruir lo que fue “el ayer”, cuando sólo tiene en sus playas los restos de un viaje trunco. Por ello no nos extrañemos si en la galería del mundo actual encontramos raras convivencias de odios raciales o tribales al lado de predicadores de la paz y armonía con el cosmos, adoradores de cibernéticas y computadoras junto a modernos “yoguis” de la meditación trascendental, la frenética búsqueda de la mejor calidad de vida mientras un cada día más creciente número de personas decrece en su miseria y otros desfallecen de hambre. Todo este panorama aparece englobado por una tendencia de los poderes y dirigencias responsables a uniformar sus decisiones, evitando los grandes conflictos y -por otra parte- canalizando el precio y las contradicciones de los grandes cambios hacia las comunidades, etnias y sectores marginados de las sociedades.

4- En esta nueva situación, en este naufragio, somos parte activa: náufragos; y corremos el peligro de querer reconstruirlo todo por inercia, con los trastos viejos de un barco que ya no existe. O, por el contrario, negar nuestra incertidumbre, inhibiendo la fuerza creativa de nuestra propia historia, de nuestra historia memoriosa. El náufrago siempre está solo con su propio ser y su propia historia: esa es su mayor riqueza. A esta memoria pedimos hoy que acuda a nuestra ayuda. No pedimos ayuda ni a la mera repetición ni al snobismo desesperanzado de quien se acomoda sin más a los tiempos, sino a esa memoria que es verdadera anamnesis, reencuentro: como el profeta Elías, refugiado a escuchar en su silencio la brisa del Espíritu; como en la celebración eucarística, reencontrándonos con nuestra carne y la de nuestros hermanos en la carne de Cristo. El ámbito universitario, en cuanto búsqueda permanente de sabiduría, es un espacio indicado para este ejercicio de la memoria: reencontrarse con los principios que permitieron realizar un deseo, destrabar lo que impide su continuación, ser fieles así a la propia misión que es precisamente aquello que se deseó y que ahora es y quiere seguir siendo. ¿Cómo rememorar aquellos principios ante estos nuevos desafíos? ¿Desde dónde buscar la ruta que reorienta el viaje del náufrago? Retomemos ahora la Carta

de Principios y recorramos sus tres pautas (lucha contra el ateísmo, avance mediante el retorno a las fuentes, universalismo a través de las diferencias) e intentemos un discernimiento, una relectura

Lucha contra el ateísmo

5- Hasta hace poco tiempo la influencia del ateísmo escéptico y la falta de una visión trascendente de la historia y de la vida fueron una preocupación constante. Nuestra consagración a Dios Padre desde la cosmovisión que implica el nacer en el seno del Cuerpo Místico del Verbo Encarnado, y especialmente desde la experiencia de vida del pueblo fiel creyente, nos ubicaba en una clara posición de fundamentación e identidad propia ante un contrario. La resistencia de sistemas, corrientes o ideologías que negaban la posibilidad de una fe creadora de cultura nos llevaba a replantear y crear formulaciones propias, sobre todo cuando el negar lo Absoluto o la persona misma de Dios era ya una motivación del pensamiento (siendo -quizás- esta razón una de las causas de deterioro de la Modernidad). Aquel hombre que militaba y se ufana de su ateísmo o de su cientificismo nos presentaba un frente claro, netamente opuesto.

Pero hoy, en cambio, convivimos con una humanidad inquieta, buscadora de sentido a su propia existencia, deseosa de articular lenguajes y discursos para reconstruir una armonía del saber perdida, convivimos con una humanidad ansiosa por ingresar su “yo” ante las inseguridades. No podemos dejar de ver como signo del Espíritu de Dios esta nueva búsqueda de lo espiritual.

6- Sin embargo ya sabemos del producto de la confusión de una crisis, de querer reconstruir los restos del naufragio: cada uno rehace una divinidad según donde la propia impotencia deje más al descubierto las heridas o las desorientaciones. Entonces ya no se trata de la manifestación de Alguien que se des-esconde (apokalipzein) y revela (epifanein) sino que la divinidad puede llegar a ser considerada como una energía revitalizadora que responda a nuestra necesidad de sentirnos acogidos, de ser pacificados. Hasta el mismo “yo” puede llegar a conscientizarse de sus capacidades y -sanándose de sus actividades negativas- descubre su esencia de amor, de divinidad. Se puede, incluso, en armonía con el cosmos y la naturaleza, prevenir y hasta curar enfermedades (el meollo del milagro)... y así podríamos seguir enumerando situaciones y fenómenos de esta nueva religiosidad. No se trata de negar aquí la riqueza que aportan las antiquísimas culturas, los avances de descubrimientos científicos ni la fuerza de los afectos, sino de prevenirnos contra esa mezcla descontextuada con la que tapamos, una vez más, nuestra desorientación.

7- Del otro lado, podemos encontrar una legión de fanáticos que aferrados a sus temores conscientes o inconscientes, enarbolan las banderas de dioses que justifican sus aberraciones o simplemente sus prejuicios o ideologías. Es así que desde el fundamentalismo de cualquier signo hasta la New Age -pasando por nuestras propias mediocridades en la vida de fe- los naufragos postmodernos nos hemos nutrido en la poblada alacena del mercado religioso. Porque no debemos engañarnos: una vez más aquí estamos armando una casa con trastos viajes de ideologismos, cientificismos esotéricos o simplemente recurriendo a nuestro espíritu burgués consumista. El resultado es el teísmo: un Olimpo de dioses hechos a nuestra propia “imagen y semejanza” en el espejo de nuestras insatisfacciones, miedos y autosuficiencias; dioses atrapados en las propias inseguridades, reducidos a meras apoyaturas o justificativos de nuestras ilusiones y creencias. Un teísmo que muchas veces, en su explicitación, utiliza elementos cristianos pero con el fin de ir desmontando el cristianismo, diluyéndolo en la neblina de una divinidad vaporizada por el spray de los mercados.

8- En cierto modo estamos como la Iglesia primitiva, con el Dios de Jesucristo inmerso en un mundo donde los hombres pugnan por la propia divinidad, pero en una vida secularizada. Rememorar a nuestros primeros padres en la fe puede ser una visión analógica de utilidad para reencontrarnos con el espíritu de nuestra misión, aunque haya cambiado la letra. Como aquellos primeros cristianos debemos anunciar no sólo con mensajes convincentes sino fundamentalmente con nuestra vida, que la Verdad basada en el amor de Jesucristo a su Iglesia (es decir, a todos los que creen en El) es realmente digna de fe. Porque el nuevo ateísmo es precisamente una confusión de dioses y hombres, en que ninguna palabra nos suscita confianza. Hartos de mensajes corremos el peligro de caer en la incertidumbre y la mala indiferencia, graves enfermedades del espíritu. Hoy, más que nunca, el camino es la santidad: es decir, ser testigos veraces de lo que se cree y se ama. Tan simple como crucificante. El Evangelio, que es Cristo, se trasmite menos por medio de razones que por la misma vida... ésta sí que es un espejo transformado y transformante, un reflejo no ya de nuestras opacidades sino de la Palabra de Otro. Esta vida testimonial puede ser más que un ejemplo, puede ser verdadera realización simbólica: la de un deseo unido al de Aquél que no podemos explicar pero que lo vivimos porque nos hemos dejado encontrar por El y lo amamos. Y el símbolo, bien sabemos, crea cultura.

9- En la vivencia misma de la comunidad educativa cristiana que formamos es donde debe darse esta metanoia, esta conversión creativa. En nuestros criterios, en nuestras metodologías, en nuestra búsqueda incesante de la verdad -que no pretende ser omnipotente sino crucificada- se debe dar ese misterioso hecho cristiano que surge de todo encuentro real con Jesucristo: la verdad resplandece por sus límites más que por sus pretensiones. Más que una Universidad que brinde grandes luminarias o germine brillantes corrientes de pensamiento (don que no hay que dejar de pedir y desear) hemos de buscar una comunidad en la que dé gusto adentrarse en la Verdad y la Belleza, una comunidad que invite con entusiasmo a vivir el Bien. Por otra parte, en el silencio del estudio, en la humildad de compartir y ayudarse está el remedio contra la mediocridad que lleva a la corrupción y contra el desinterés: ambas cosas que tanta incertidumbre provocan a nuestros jóvenes, que tanto motivan a la evasión y la superficialidad. Así también es la vida de nuestro pueblo fiel de Dios, ése es anónimamente predica a Jesucristo crucificado en su sufrimiento y al Resucitado en su esperanza, en las alegrías simples no sofisticadas. Pueblo que en nuestra Carta de Principios queríamos imitar. Ojalá nunca dejemos de inspirarnos en sus rostros sufrientes, en su desprotección y angustia -que conocemos hay en la Argentina de hoy- para estimularnos a investigar, estudiar y crear más. Cuando encuentren en la calle a deambulantes y abandonados, a chicos que piden o roban en su miseria, a jóvenes que se hunden en la droga y el alcohol, a gente de trabajo que sufre por el peso y la inseguridad de cada día... cuando vean colas en los hospitales para lo mismo hacer mañana... entonces no tengan dudas: allí está Dios; es Cristo que, desde la Cruz, desde el límite, nos llama a dar un paso más cada día. Contra el teísmo diluido que nos propone la omnipotente postmodernidad nosotros seguimos afirmando que “el Verbo es venido en Carne”... y también sabemos que todo aquel que niegue esto, éste es el Impostor y el Anticristo (cfr. 2Jo:7). Ya no está sobre el tapete - cómo hace 20 años- la negación de Dios, está su caricatura: esa miserable transcendencia que no alcanza ni a hacerse cargo de los límites de la immanencia, sencillamente porque no se anima a tocar ningún límite humano ni a meter la mano en ninguna llaga (si la metiera, como Tomás podría decir “Señor mío y Dios mío”). Nuestra lucha contra el ateísmo, hoy se llama lucha contra el teísmo. También es verdad aquella verdad que Maleguez, en otro contexto cultural pero refiriéndose a la misma realidad, tan sabiamente había afirmado en los albores del siglo: “Lejos de serme Cristo ininteligible si es Dios precisamente es Dios quien me resulta extraño si no es Cristo”. A la luz de esta afirmación de Dios manifestado en la Carne de Cristo podemos delinear la tarea formativa e investigadora en la Universidad: es un reflejo de la esperanza cristiana de afrontar la realidad con verdadero espíritu pascual. La humanidad crucificada no da lugar a inventarnos dioses ni a creernos omnipotentes; más bien es una invitación -a través del trabajo creador y el propio crecimiento de creer y manifestar nuestra vivencia de la Resurrección, de la Vida nueva.

Avance mediante el retorno a las fuentes

10-La evocación de la primera comunidad cristiana puede ponernos en sintonía con el deseo de nuestro Pastor Juan Pablo II quien, en su reciente Carta de invitación al jubileo del año 2000, nos llama a reencontrarnos con las fuentes de nuestra fe. Nos exhorta a revivir cada año un Misterio distinto de la Trinidad Santa para recrear el encuentro personal con cada una de las Personas divinas, todo en un marco de conversión de fondo, cruda y sincera, de verdadera renovación bautismal. Es más, Su Santidad nos estimula con el ejemplo de miles de cristianos que en este siglo han sido testigos, con su vida y muerte, de la Verdad que queremos conmemorar; y nos convoca a reencontrarnos con la Maternidad de María con la reserva de confianza y ternura con que Dios quiere estimularnos hacia el nuevo siglo. Si a esto agregamos su insistente llamado a la nueva Evangelización, no podemos dejar de ver su intuición de la necesidad de un nuevo renacer en la Iglesia. La misma vitalidad del Pontífice, su firmeza -a la vez innovadora en muchos aspectos es un verdadero signo del Espíritu, signo que curiosamente (y lamentablemente) ha sido muchas veces más valorado fuera de la Iglesia que en ciertos círculos áulicos de la misma.

11-Ya me referí al encuentro o rememoración en el Misterio Pascual, fuente de todo reencuentro con Dios y con nosotros mismos. Pero, en cambio, parece que en nuestra postmodernidad es más inconveniente reencontrarse con la realidad humana del límite, de la ley, de la siempre necesaria y siempre imperfecta autoridad. El relativismo es la tendencia actual a desacreditar los valores y -en definitiva- toda dignidad y -por lo tanto- toda misión, toda vocación, ese “sentirse llamados” (curiosamente su raíz coincide con “civitas”, el ciudadano, “el que pertenece a”, “el que se siente identificado con”). No se trata de ver aquí conspiraciones ni planes (en sociología) la teoría del complot, desde el punto de vista hermenéutico, es una de las más débiles), pues no sería más que un artilugio para esconder nuestras propias falencias. El relativismo no es más que el producto de aquel mal espiritual del que hablábamos: el de la incertidumbre contagiada de mediocridad, que lleva al descreimiento, a la falta de compromiso con la propia comunidad. Es algo así como la imagen de muchos jóvenes (y otros no tanto) absortos en el “zapping” televisivo, en el videojuego, o el romance pasional con la computadora; todos medios que fantasean sobre la posibilidad de que la realidad pase rápido en un instante, que puede ser dominada por una orden, instrumentalizada en un juego. Esto

significa que el no compromiso con la realidad lleva a una mala práctica del ocio. El relativismo lleva a valorar y juzgar solamente por una impresión subjetiva: no cuentan otras palabras, no existen normas prácticas, concretas, objetivas. Sabemos bien del cuestionamiento que, al respecto, se quiere hacer del Magisterio de la Iglesia.

12-Debemos, una vez más, reencontrarnos aquí con nuestras fuentes. Cuando nuestra Madre, la Iglesia, nos remite a una norma objetiva, a una enseñanza perenne, no hace sino traducir al pensamiento y a la praxis la condición esencialmente humana y, por lo tanto, basada en su dignidad personal con que todo hombre, más allá de cualquier cultura y situación, debe contar como horizonte de su accionar. Estamos señalando la posibilidad de criticar y autocriticarse, al medio y a sí mismo, con una principalidad y normativa más allá de toda otra. Es la palabra última a la cual referirnos, la que nos libere de todo condicionamiento, la que nos refiera a nuestra propia esencia. Todo lo cual no quita que haya situaciones y procesos, ámbitos y culturas, que dificulten la comprensión y la vivencia de esta enseñanza. El crecimiento y el conflicto son parte de nuestra condición humana; pero es misión de la Iglesia ofrecer su mensaje universal.

13-Y es misión de la Universidad formarse y formar en esta conciencia de “universitas”: el hombre, en cuanto tal, es para el cristiano, hijo, filiación en el Unigénito del Padre, y -por lo tanto- hecho para aspirar a su Deseo, su Voluntad, que siempre reorienta la propia. La ilusión relativista de que en uno mismo está la propia orientación no es sino un viaje náufrago más que marca una nueva frustración. Los seres humanos no podemos vivir sin Ley que nos estructure, sin Llamado que nos oriente, sin Calidez de Padre que nos convoque. Así sí es necesario rememorar nuestra historia evangelizadora, con sus gracias y pecados, para consolidarnos en los cimientos que ya existen. Pienso en el legado jesuítico evangelizador de la fe de nuestro pueblo: orientado por un discernimiento de escucha en el silencio, de confronto iluminador con el Cristo transmitido en la Palabra y en el encuentro eucarístico, sabía leer los pasos a dar según el Espíritu, en una permanente tensión entre situaciones y culturas frente a la exigencia de este “universal” divino y humano de la enseñanza eclesial. El espíritu relativista busca evitar las tensiones, los conflictos; teme -por tanto- a la verdad. Cabe aquí repetir aquella frase evangélica que tanto gusta proclamar al Sumo Pontífice: “¡jino tengan miedo!!”.

14-El desafío de avanzar mediante el retorno a las fuentes entraña el dejarnos entusiasmar y atrapar por aquello que gratuitamente se nos revela en la entrega y el sacrificio de Cristo, por Aquel Amor que se adelantó a todo amor desde la Creación. En estas épocas de inseguridad nos da miedo pensar que algo pueda ser un Don, gratuidad pura, pues todo parece moverse por puro interés. Comprometerse, creer en la Verdad, es la única garantía de ser libres. Y esto es así porque, perseverando en la constancia de un deseo y convicción, aceptando las dificultades temporales para su realización, sabiendo incluso que hay caídas en el camino, entonces así se crece y progresa con un sentido, con una direccionalidad... se está firme en lo que se siente aunque, con el transcurso del tiempo, vaya adquiriendo nuevas configuraciones. A esto lo llamo avance mediante el retorno a las fuentes.

Universalismo a través de las diferencias

15-Hemos hablado de tensiones y de volver a renovarnos en el mensaje universalizador de la Iglesia. Debemos también volver a afirmar que la concreción de la verdad que creemos es posible en las particularidades diferenciadas y, por lo mismo, en nuestra particular situación argentina. Se trata no sólo de perder el miedo a las verdades vividas en la historia de nuestro país, esa historia tan negada por el olvido. Allí tenemos la realidad heredada que se nos impone asumir confiadamente como hijos, tomando ejemplo de tantos pueblos, del mismo pueblo de Dios que con un “pequeño resto” primero y luego con una pequeña comunidad de Apóstoles y Discípulos cambiaron la historia. De comunidades pequeñas pero conscientes de su identidad, afirmadas sin soberbias ni estereotipo sino con la serenidad de quien cree y convoca con su solo ejemplo es posible engendrar a aquéllos que sean capaces de grandes renunciaciones y grandes deseos. Esta comunidad educativa, firme en sus principios y deseosa de vivir el Misterio en el que cree, no debe nunca dejarse tentar por ambiciones de otro orden que no sean las de una más intensa búsqueda de vivir el espíritu, de encarnar la Verdad y el Bien por el que hemos sido constituidos. Engendrar verdaderos hijos de esa Verdad... aunque estemos ausentes de grandes acontecimientos de cartelera o de proyectos mundanamente ambiciosos.

16-A esta altura es necesario aclarar que otro espíritu de nuestra atribulada postmodernidad nos puede amenazar: un nuevo nihilismo que “universaliza” todo anulando y desmereciendo particularidades, o afirmándolas con tal violencia que logran su destrucción. Un vistazo al mundo actual, lleno de luchas fratricidas, terrorismos alienantes, pero -sobre todo- inspirado por una tendencia por uniformar políticas hacia un “nuevo orden”, por la internacionalización total de capitales y de medios de comunicación, nos deja un agrio sabor de despreocupación por

los compromisos sociopolíticos concretos, por una real participación en la cultura y valores locales. Hemos malamente “universalizado nuestros intereses en el único interés por sobrevivir o vivir el momento intensamente. Soñar con un medio ambiente sano o con la posibilidad de una compra en el shopping, o el contar con los sistemas de comunicación multimedia se ha transformado en metas de vida hallables en todas las sociedades. El hombre de carne y hueso, con una pertenencia cultural e histórica concreta, se va transformando - a través de los alambiques de esta ilusión vana- en una suerte de “homo universalis”, inmanentemente universalizado... y la plenitud a la que nos invita a aspirar no sería otra que “universalizarnos” en el “hombre light”. Queremos ilusionarnos con una individualidad autónoma, no discriminada... y terminamos siendo un numero en las estadísticas del marketing, un estímulo para la publicidad. Somos “la nueva burguesía”: parte de la nueva burocracia, la del comercio y división del trabajo según lo dicte el mercado internacional.

17-Nuestro espacio es limitado: esa es la realidad. Lo posible de esta comunidad universitaria estaría, entonces, en acrecentar la comunicación personal, el intercambio de palabras y, sobre todo, de la Palabra que nos mantenga vivos, creativos, libres del agobio de esta “nada apabullante”. No nos resignemos el sentimiento oceánico de dejarnos llevar por la corriente: eso es camino de muerte, es canción de gitaneo metafísico: “que las olas me traigan y las olas me lleven / y que nunca me obliguen el camino a seguir” (M. Machado). Confiemos más bien en Aquél que, con la Cruz al hombro, nos invita a la Vida, nos mira con ojos humanos, nos habla con nuestras palabras, nos ama con afecto humano. Esta es la opción del náufrago, ésta su hora: o se resigna a entregarse a las olas, o se anima a levantarse y recomenzar.

Conclusión

18-A 20 años de “Historia y Cambio” he querido releer los tres principios rectores a la luz de esta nueva cultura de la postmodernidad. Si en un momento determinado de nuestra historia un hombre se atrevió a hablar de “la cultura del cambalache” para reflejar una situación concreta, me ha permitido hoy señalar a esta pretensiosa postmodernidad, a sus afanes universalizantes en nuevos nominalismos metafísicos, con el calificativo de “cultura del naufragio”. Esto no significa encerrarse en un pesimismo, al contrario: despierta reto, desafío, vocación. La lucha contra el ateísmo, en esta cultura, hay que proponerla como lucha contra el teísmo, contra ese “Dios ” destilado, trascendente pero dentro de los límites de la inmanencia... siempre a nuestra mano para ser usado como un instrumento más del consumismo que nos agobia. Se pretende una mística sin misterio. Y el pecado aquí -además de la blasfemia y la apostasia- es la omnipotencia de sentirnos dioses porque, aún proclamando su transcendencia, lo hemos encapsulado en nuestra chiquita enfermedad de pigmeos. El avance mediante el retorno a las fuentes hoy nos pide una decidida toma de posición contra todo relativismo ya sea de tipo consecuencialista ya utilitarista, en el que la naturaleza humana se torna biodegradable siguiendo el imperativo coyuntural de las circunstancias. Afirmamos que todo avance no arraigado en las fuentes que nos dan el existir, también el cultural y el histórico, es ficción y suicidio. El pecado aquí es el narcisismo: ese repliegue subjetivista de los valores que nos induce a un “avance mediante el consensuar coyuntural”. Entramos aquí en una degradación: ir “nivelando hacia abajo” por medio del consenso negociador. Se avanza pactando. Nuestro lenguaje cotidiano se hace eco de esto: progresar, entonces, supone “transar”, “negociar”, “zafar”...etc. El universalismo a través de las diferencias supone, en este naufragio postmoderno, una lucha a fondo contra todo tipo de nihilismo que, en el fondo, entraña el desinterés egótico por todo aquello que no soy yo ni mi quietud esencialista. No hay lucha, no se acepta el lenguaje tan humano -y tan “carnal”- de la tensión. En el fondo se niega la Encarnación del Verbo.

Y aquí, con esto termino, afirmando una vez más la Verdad que nos puede rescatar de la orilla solitaria en este naufragio teísta, relativista y nihilista: el Verbo es venido en carne. Jesucristo, el mismo ayer, hoy y siempre, sigue siendo la Verdad, la Belleza y el Bien supremos. El es “el derroche de gratitud” del Padre (cf. Ef. 1:8) A EL LA GLORIA POR LOS SIGLOS.”

Buenos Aires, 17 de mayo de 1995
Jorge Mario Bergoglio, S.J.

Escudo

Está coronado por una cruz flordelisada y el anagrama IHS, Jesús Salvador del Hombre; y tiene al pie, una divisa sobre cinta de plata en letras de sable, la inscripción “Scientiam do menti Cordi Virtutem”, es decir, “doy ciencia a la mente y virtud al corazón”.

Es de estilo medio partido, cortado con filiera en gules y está enmarcado por lambrequines de oro, plata y sinople.

Tiene en la mitad inferior, en campo de plata, el águila de los Austria con la Cruz de Calatrava, blasón que Don Juan de Garay legara como fundador de la Ciudad de Buenos Aires.

En la parte superior, dividida en dos cuarteles, ostenta a la derecha, las armas de los López de Oñaz y señores Loyola, en honor al Padre y Fundador de la Compañía de Jesús. Y, a la izquierda, los emblemas específicos del Salvador: el Delfín que representa a Jesús atravesado por el Tridente Cristiano en banda, y la Antorcha Cultural griega -símbolo universitario-, con siete llamitas de los siete Institutos Universitarios que dieron origen a la Universidad. Todo ello en campo de sinople, color divisa de las primeras luchas en pro de la enseñanza universitaria libre en la Argentina.





USAL
UNIVERSIDAD
DEL SALVADOR

Ciencia a la mente y virtud al corazón